



**Rosario Armario, 64 años.**

**María Rosalía Martínez de la Vega, 22 años.**

## El cajista que se atrevió a soñar

España, finales del siglo XIX. Principios del XX. De aquel imperio donde no se ponía el sol ya no queda nada, sólo la nostalgia que alimentan un puñado de escritores y filósofos que hablan de Intrahistoria y de decadencia de una nación que llevaba siglos luchando contra su propio destino. ¿Intrahistoria? ¿Unamuno? ¿Qué podía importarle eso a Miguel Armario? Madrid y sus literatos estaban lejos, muy lejos, de la mente de ese cajista, apenas todavía un hombre, que compone las planchas de El Diario de Cádiz. No es nadie. Perdió a su padre con 12 años, mientras luchaba en la Guerra de Cuba. Mejor que nadie sabe que del heroísmo no se come. Deja los estudios, trabaja, se casa. Y sigue componiendo tipos. Pero, entre cajetín y cajetín, le asalta una idea: fundar su propio periódico.

Como les sucede a muchos periodistas de la época, el teatro vino antes que el artículo. Con lo que ha aprendido en su trabajo, Miguel escribe un sainete andaluz que titula ¡Olé tu madre!, que consigue 90 representaciones. Y la Tacita de Plata se le desborda, se niega a seguir en la imprenta. Piensa en las Américas, pero ve el viaje "muy largo". Y le viene África a la cabeza y no se lo piensa dos veces. Vende su casita "que daba risa verla"-según él mismo dijo-por quince pesetas, y con su mujer y tres niños deja Cádiz y se marcha a Larache. Corre el año 1915.

La ciudad del Lucus no era la coqueta población del protectorado que hoy persiste en la memoria de la hija de Miguel, Charito. Era aún una zona muy despoblada, donde, bajo el mando del Teniente Coronel Silvestre, se levantan las primeras carreteras, puentes y ferrocarriles que, años después, convertirán Larache en una guarnición militar y agrícola

Y antes que periodista, Miguel fue profesor. Funda un colegio nocturno donde enseña a leer y a escribir a varios obreros, muchos de ellos hebreos. Y en 1916, unos amigos suyos le prestan 300 pesetas y funda El Popular: periódico independiente defensor de los intereses de Larache y del Comercio en general. Ahora sí, Miguel es, por fin, un verdadero periodista. Los comienzos no son sencillos. Es director, redactor y, como él mismo declaró a González Ruano, casi único lector de aquel periodiquillo que comienza con una sola hoja. Armario no se rinde y, sólo seis meses después, El Popular tiene cuatro páginas, una imprenta propia y tres redactores más. El cajista, que llegó a Marruecos con una mano delante y otra detrás, se había convertido en el Decano de la Prensa del Protectorado.

La hemeroteca de ese antiguo cuartel de los Guardias de Corps que hoy es el Centro Cultural de Conde Duque alberga varios volúmenes del periódico al que Armario Peña dedicó 22 años de su vida. Olvidado en el depósito, con ese olor característico que sólo un diario viejo tiene, pocos se acercan a husmear en el pasado de una España que un día fue marroquí. El Popular lo escribe Miguel Armario, lo edita Miguel Armario y casi es él quien compone los anuncios. Bajo la firma de Riomora o A., el antaño cajista escribe sobre las mujeres, dedica versos a Larache-¿Qué te pasa, Larache, que estas triste/de aquella alegría/¿qué es lo que hiciste?- y habla de las rutinas de la colonia. Cremas y espectáculos se anuncian en las páginas sepias del periódico. El Teatro



España estrena esta noche "¡Viva el amor!" y el Santón de la Palmera o El Caballero del Antifaz hablan de los designios militares de la población.

Al cajista, con sus lagunas culturales, no le fue mal del todo. En 1920, pocos años después de llegar, recibe, de manos del general Liautey el grado de oficial de la Orden del Ouissam Alouite, cuyo diploma su hija guarda, celosa, en una carpetilla de plástico azul. Con el Mediterráneo de por medio, El Diario de Cádiz, donde un día fue un obrero, se felicita del logro de Miguelito. "Desde niño lo tratamos, y en su inteligencia, virgen de los conocimientos precisos a sus inclinaciones, se esboza la figura de cuanto después se ha delineado", asegura el periódico un 24 de noviembre de 1920.

Crece su periódico y también su familia. De una segunda unión con una sevillana de La Puebla de Cazalla nacen dos hijos: Paco y Charito, que todavía mantiene vivo el recuerdo de un Larache en el que vivió 30 años y de un padre que sólo pudo estar con ella doce. La niña, después de la escuela, se escapa a la redacción y le lleva café a su padre. Juega con los cajetines del taller; dos de ellos se le caen sobre un pie y la diversión le cuesta cara. En la memoria de Rosario encontramos la cara menos conocida de Miguel, un andaluz "con muchas salidas". Charo rememora cómo, siendo una niña de diez años, esperó durante horas, frente al hotel España, la llegada de Imperio Argentina y Miguel Ligeró. Su padre la descubre y, enfurecido, exclama: "¡Así que Miguel Ligeró...Pues mira, Miguel me llamo yo y mira lo ligero que ando, así que, ahora que ya lo has visto todo, derechita a casa!". Charo aún se ríe recordando.

En 1930 el director de El Popular acude a un congreso de periodistas en Madrid. Durante la inauguración del Palacio de la Prensa, su pajarita, su pulcritud y sus condecoraciones llaman la atención de César González Ruano, quien publicó en la portada de El Heraldo una entrevista a un periodista mitad gaditano y mitad lisense, que, físicamente, define como un "Olmedilla con pelo blanquecino". Armario le cuenta que nació "en las mejores condiciones para morir de hambre" y le relata los comienzos difíciles, en tierras africanas, de aquel muchacho que cruzó el Estrecho para cumplir su sueño de tener su propia publicación. Mientras, le enseña orgulloso sus medallas-la cruz Ouissam, la de Isabel la Católica, la de África y la del Mérito Militar con distintivo blanco- logradas, según dice, "sin adulaciones y sin intrigas, por periodismo nada más".

Intenta convencer a Ruano de la neutralidad de su diario. "Me creará usted un pastelero, pero un periódico de Larache ya está bien con que no tenga ideas políticas conocidas". Presume de no haber atacado al Directorio de Primo de Rivera porque, asegura a Ruano, "éramos parientes: Yo me llamo Miguel...fui 'primo' desde que nací...y nací en la 'rivera' gaditana".

Miguel Armario Peña no quiso desvelar a González Ruano la ideología de su medio, pero, 76 años después, su hija Charo asegura que su padre era, ante todo, un alfonsino que lloraba al ver la bandera monárquica. De poco le valieron sus amistades con el ejército, sus cruces y su buscada prudencia. El 31 de octubre de 1938 se publica el último número de El Popular, "el que le costó la vida a mi padre", asegura Charito. "Y pues la Patria lo quiere, El Popular muere", rezaba el titular, postrero, del último número del decano de la prensa de Larache.

Armario Peña fue nombrado redactor jefe de El Heraldo de Marruecos, pero Charito recuerda cómo su padre, a escondidas de su nuevo equipo, se iba a la imprenta de El



Popular y lloraba "como un niño". "Aquel periódico era su vida, y cuando se lo quitaron, por ser independiente, le mataron", asegura esta lisense. Poco después, el 12 de marzo de 1939, a Miguel Armario se le paró el corazón.

Fue periodista hasta el final, y de hecho, su lápida, todavía en pie, es una reproducción de El Popular que anuncia su propia muerte. Descansa en Larache, por expreso deseo, lejos de sus hijos, nietos y bisnietos. Murió sin conocer que de su estirpe proceden Diego Armario-que fue director de Radio Nacional de España-, Juan José Armario-reportero de Espejo Público- y el chiripitifláutico Tío Aquiles, su propio hijo Miguel.

Y en Larache descansa sin saber que su hija pequeña, Charito, escribió su primer poema justo al morir su padre, al que, con doce años, rememoró así: "Padre, por ti, ¿quién habrá llorado?/¿Quién recordará tu lento sufrir?/Fuiste periodista, ¡abnegada vida!/Que nunca, ¡nunca! Lograré olvidar/ Periodista fue mi padre querido/Y yo lentamente lo he visto agotar/Y al cabo del tiempo, del tiempo vivido/la muerte sus huellas no logró borrar".

## Lo importante de la vida

"¿Lo más importante de esta vida?", se pregunta Charo mientras camina por el jardín de la residencia La Atalaya, en Pozuelo. "Sin duda, luchar". Esta mujer, con el pelo tan blanco como Miguel Armario, sabe, y mucho, lo que no es tener una vida sencilla. Con sólo 12 años perdió a su padre, al que vio consumirse poco a poco tras el cierre de su periódico, El Popular de Larache. Murió Miguel Armario sin conocer que su hija podría haber sido, de haber nacido años después, una periodista importante, o tal vez una locutora famosa. Pero con sólo 17 años Charo ya había obtenido una plaza en Telégrafos de Larache, y se ganaba la vida comunicando, sobre todo, a soldaditos con sus aldeas y pueblos natales.

"Yo he querido ser dos cosas en esta vida: periodista y actriz, y ninguna de ellas pude conseguir", asegura con la mirada castaña perdida en una plaza. Se casó con un abogado al que conoció en Larache, y que obtuvo plaza en el Servicio Nacional del Trigo. En la colonia tuvieron dos de sus cuatro hijos-José Miguel y Celsa- y en ella permaneció hasta 1955, fecha en la que los aires de independencia molestan al marido, palentino, que prefiere regresar a la península.

"Me sentí inmigrante en mi propia patria", confiesa Charo. Durante años, vivió en varios pueblos, y tuvo dos hijos más. En Villanueva de los Infantes, lugar donde, aseguran, nace El Quijote, muere, sin embargo, el marido de Charo, que se queda viuda con 50 años, cuatro hijos y 14.000 pesetas de pensión. Las cuentas no le salen y escribe al Doctor Picazo, que le consigue una plaza de secretaria en el Banco de Sangre de la Cruz Roja en Madrid.

Hoy Charo vive a caballo entre una residencia religiosa en Pozuelo y su piso, junto al Rastro, en Madrid. Hace cuatro años se fracturó la tibia y el peroné y optó por trasladarse, por temporadas, a esta residencia de donde entra y sale "cuando quiero".

Se define como una mujer feliz. A base de esfuerzo y pluma, ha conseguido realizar, en parte, los sueños frustrados de su juventud. Declama y escribe poesía-es autora de la



recopilación Las Flores de mi erial- e incluso posee una página en Internet donde "cuelga" poemas e intercambia opiniones. A menudo escribe artículos-el último, una comparativa ingeniosa de Sancho Panza con los 'curritos' actuales-.

Tal vez, porque ha luchado mucho, quiere irse de crucero con su hija Ana, una mujer tan curiosa como ella, miembro de la tuna femenina y organizadora de eventos con debilidad por los viajes. Quiere conocer mejor qué orillas baña el Mediterráneo aunque, confiesa, que extraña, "mucho, mucho" la ciudad del Lucus, con su Medina y sus frutales, donde, de niña, jugó a ser periodista bajo la mirada, nerviosa, del hombre al que más quiso: su padre.